

La vida crápula de Maurice Sachs



---

# La vida crápula de Maurice Sachs

Enrique López Viejo

  
**melusina**

© Enrique López Viejo

© Editorial Melusina, s. l.  
[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

Primera edición, 2012

Reservados todos los derechos

Fotocomposición: Carolina Hernández Terrazas  
Impresión: Romanyà Valls, s. a.

ISBN-13: 978-84-96614-95-6  
Depósito legal: B-896-2012

Impreso en España

---

# Contenido

Punch	9
1. La educación sentimental	11
2. La flor de la vida	26
3. Cocteau	38
4. Fe, seminario y Costa Azul	48
5. <i>Tour de France</i>	62
6. Años muy locos	71
7. Psicoanálisis	85
8. <i>America, it's beautiful</i>	90
9. Matrimonio y fuga	105
10. <i>La vie n'est pas rose</i>	114
11. <i>Country life</i>	125
12. La comedia	133
13. Devaneos	142
14. <i>Le Sabbat</i> . 1939	152
15. La guerra que viene	159
16. Otra vez París	169
17. La Ocupación	180
18. Violette	201
29. Hamburgo	209

20. Sus amigos nazis	219
21. <i>Derrière cinq barreaux</i>	229
Postmortem	235
Sucinta cronología	245
Relación de la obra de Sachs	247
Bibliografía	249
Agradecimientos	253

## Años muy locos

Abril de 1928. Excepto Jacob y algunos acreedores insistentes, en París no le espera nadie. Lleva un certificado de buena conducta expedido por el ejército, y ha hecho la promesa expresa a su salida del cuartel. Será un gran hombre. Tiene veintiún años.

Maurice, recién llegado a la capital francesa, está solo en el mundo y tiene que buscar trabajo rápidamente. Nadie le va a dejar dinero. Apenas tiene para una noche en un hotelito y poco más: no le alcanza ni para transporte, pues ve prioritario comprarse una corbata para lucir delante de su nuevo ídolo.

«Honestidad, lucidez, inteligencia y uno de los tres mejores estilos de nuestro tiempo», escribirá en *Le Sabbat* sobre Gide. Intelectualmente, André Gide es un referente fundamental de muchos jóvenes a los que la lectura de su obra va suponiendo un sustento ideológico y moral importante. Su literatura y posicionamiento como homosexual y socialista, el relato de sus viajes y periplo vital, su pronunciada imagen de mandarín chino, hacían que fuese visto como un profeta. Sus obras estaban *conmocionando el espíritu burgués de la nación* como ningún otro autor de la época. Era, además, un faro literario con el control que ejerce en la Nouvelle Revue Française, revista germen de la editorial que sería Gallimard, de la que era uno de sus propietarios.

Maurice ha leído a Gide desde la adolescencia. Gide era íntimo de los Blum, y podía haber accedido con facilidad a su persona si

no hubiera estado tan involucrado en el grupo de Cocteau, en el que había encontrado a los jóvenes con la sofisticación y la extravagancia que prefería. La iconoclasia surrealista no era su verdadero interés, y la NRF, la Nouvelle Revue Française, los de Gallimard, son un santuario literario con el que Maurice apenas puede soñar.

Desde el cuartel había escrito al maestro solicitando una entrevista con la doble intención de manifestarle su admiración, y con el deseo de que Gide le acogiese de alguna manera. Quiere conocer al mandarín literario, y éste accede a ello por cierta conmiseración y algún otro motivo que desconocemos. A Maurice le encantaría ser su secretario. ¿Quién podía saber lo que esta relación podría traerle?, ¿el futuro que podría presentarse al lado del novelista?, un hombre «que con un sólo movimiento de cabeza, con un gesto de su mano aprobaba o rechazaba un argumento, o indicaba una dirección», como dijo Edmond Buchet, el amable editor.

Así nos lo cuenta Sachs y de parecida forma lo hace Raczymow:

Caminando y sudando, algo nervioso, llega Maurice a la residencia de Gide en la villa de Montmorency. Éste lo recibe con la frialdad autosuficiente que le era propia, pero con la justa corrección como para que nuestro héroe se sienta feliz tras la entrevista en la que se presenta, informa de sus intenciones, y le hace algunos ruegos. El escritor sospecha del personaje y conoce los antecedentes; sin embargo, el joven tiene una personalidad sobresaliente. Maurice es un tipo realmente curioso y con una arrogancia absoluta. El recién licenciado del servicio militar expone sus planes a Gide, quien los escucha con cierta incredulidad. Ya ha tenido noticias de su fantástica imaginación, y de sus actos irresponsables. Ya conoce las ínfulas del joven intelectual o artista, nieto del gran joyero, de la radical abuela, y de su frívola madre. Maurice ha pertenecido al extravagante grupo de Cocteau con el que Gide mantenía cierta polémica por la crítica realizada a uno de sus libros. Desde el fin de la Gran Guerra, Cocteau tenía las puertas de la NRF cerradas.

Presentarse a Gide no le impide acudir de nuevo a Cocteau, su amigo relativo, el *greco desmejorado* como lo llamase Gómez de la Serna. Un Cocteau que pasea a un nuevo amado vestido de marinero, un amigo llamado Jean Desbordes, al que llama Jean-Jean.



Cocteau pasa largas temporadas en Villefranche pero, agobiado por las deudas y las drogas, se traslada a París donde Coco Chanel le presta un apartamento en su casa, un inmenso hotel que había comprado en el Faubourg Saint-Honoré, y le invita a diseñar para sus colecciones. Por aquellos días, Cocteau hace la vida cotidiana del adicto, si bien hay que decir que, en su ebriedad, no para de trabajar: escribe docenas de textos, unos místicos y otros pornográficos, dramáticos, líricos y tragicómicos.

La actitud de Cocteau con Maurice es contradictoria: a veces cálida, otras glacial; tanto lo aleja de su lado como le otorga poderes. Ahora, de nuevo, tendrá que ayudarlo pues Maurice le solicita apoyo y ¿por qué no dárselo? Maurice le expone sus planes literarios, las ideas que tiene de publicar un libro de Jacob y otro propio —si estuviera dispuesto a ello—; un libro de dibujos, otro de poemas, de lo que fuera, pero con su firma. Trata de motivar al poeta y comprometerle en su causa con estas ediciones que ha planeado, y que piensa acometer de forma inmediata.

Sus planes son publicar las *Visions des souffrances et de la mort de N. S. Jésus-Christ*, de Max Jacob, un libro con dibujos del vía crucis de Jesús en su camino al Gólgota, una serie de ilustraciones y poemas religiosos un tanto alucinados de quien es amigo de Picasso. Lo siguiente, otro libro de Cocteau, aprovechando también que es el protegido de Coco Chanel. Su título: *Le Mystère laïc*, un texto sobre la pintura de Giorgio de Chirico, ilustrado por este surrealista. Estos libros serán las primeras publicaciones de su editorial. También solicitará poder reeditar el libro de Léon Bloy, *Salut pour les juifs*, autor de referencia de los conversos, de los judíos burgueses que se mimetizan con la Francia más antigua. Maurice se atreverá a acudir a autores como Julien Green o Valéry Larbaud, llamarles y proponerles para que publiquen con él como lo hacen con la Nouvelle Revue Française.

Maurice va resolviendo su perentoria situación con distintos préstamos que empieza a contraer de nuevo. Vuelve a contactar con Raoul Leven, el librero del asunto del escaparate dedicado a Cocteau, que ahora ha abierto otra librería llamada Quatre Chemins,

y que también será galería de arte. Propone a Leven que su sala sea la plataforma de lanzamiento de Les Éditions Maurice Sachs. Habla con un antiguo amigo del internado al que ha escrito desde Wiesbaden, Jacques Bonjean, para que vaya buscando local y financiación para la empresa editorial que le propone emprender juntos. Max Jacob está trabajando sin parar y moviéndose entre sus muchos amigos y buenas amigas para facilitar las cosas.

El antiguo compañero Bonjean es un joven joyero al que embauca para invertir en estas Éditions, en las que Maurice se ocuparía de la elección de textos y de los aspectos literarios, y el socio capitalista, Bonjean, lo haría de la parte administrativa. Es una gran idea entre dos amigos que han convivido en las mismas aulas, y tienen parecidos antecedentes e intereses artísticos. Iniciarían el negocio con la venta de guaches de Max Jacob, quien les presenta a otro amigo, Pierre Colle, también joven adinerado, interesado en estas cuestiones, que no dudará en hacerse socio. Son tres ilusionados editores y pronto serán galeristas con sede donde encuentren. Los socios tienen músculo financiero, toda la energía del mundo y buenos padrinos.

En aquel momento y con estos vientos favorables que traen el calor de estas amistades, Sachs consigue establecerse en el hotel Nollet de la calle del mismo nombre, y alquilar un local para montar la galería con sus socios en la rue Lisbonne, en la misma que vivió de niño y de donde su padre se llevó los muebles y toda memoria de su existencia. Hay que ponerse a editar y lo hacen. Sale la primera edición de trescientos ejemplares con los dibujos de Jacob, con una portada realizada por Cocteau, quien realiza un anagrama con el nombre de Maurice. Buen comienzo. El siguiente será *Le Mystère laïc* de Cocteau, como había planeado. La cosa funciona. Jacob piensa volver a vivir en París cerca de su protegido, dejar la abadía, y establecerse en Montparnasse que es el barrio de moda.

Un momento crucial de su vida se produce en estos días. Por dejación y vagancia pierde una oportunidad única que lo hubiera hecho millonario durante una buena temporada. Misia Sert, *née* Godelska, para animar la empresa que Maurice está organizando, le propone la traducción y publicación de un libro que le

ha enviado su amigo el conde Kessler, un mecenas alemán. Se trata de la novela de Erich-María Remarque, *Sin novedad en el frente*, algo más que un best seller en la postguerra. Cuatro meses lo tuvo Maurice en su mesa sin hacer caso al libro y a Misia, y perdiendo lo que hubiera sido el mejor paso que hubiera dado jamás en lo que a los aspectos crematísticos de su carrera se refiere.

Maurice vuelve a hacer la misma vida que llevó en su primera juventud, los años anteriores al convento y el servicio militar. Vuelta a los excesos. El dandy quiere pasarlo a lo grande y todo le va bien, especialmente lo mejor, el lujo y los placeres sensuales.

Ha abandonado los pantalones knickerbockers de juventud y el cierto aire *Etonian*, y empieza a vestir como el más refinado *flâneur*. Es agente artístico. Se afirma ante sí mismo y se cree el mejor en lo suyo y en todo lo que emprenda. Venderá lo que sea necesario siempre que sean obras y objetos exclusivos y preciosos, proveerá y entretendrá mejor que nadie a los ricos yanquis interesados por las artes o las antigüedades, a los que engatusará en las lustrosas barras de los grandes hoteles parisinos, bebiendo decenas de Alaska, Manhattan o Bijous, los cocktails que están ahora de moda.

Cuenta el propio Sachs de aquellos días: «se dormía, se comía, se intrigaba, se especulaba, se bailaba, se peroraba en una horrosa atmósfera de escándalo». Una vida loca —la suya—, y la de quienes tenía alrededor. Se habían educado «en la frivolidad que heredamos de nuestras madres, en la atmósfera de “grandes vacaciones” ... entre el mundo de los besos, el olor a esperma, el tintineo del dinero fácil ... los jóvenes de la postguerra eran alegres, ligeros, frívolos, fáciles, entusiastas, admirativos y bastante amorales».

Sin remedio en su servidumbre de la festiva promiscuidad, sometido a la necesidad de estos encantos nocturnos, vuelve a frecuentar el Ballon d'Alsace. Desayunará muchas mañanas con Le Cuziat comentando los ruidos nocturnos. Prácticamente establece su residencia en este burdel, donde se encarga feliz de organizar tríos, cuartetos y verdaderas orquestas sinfónicas. Abunda en los placeres y se desentiende del trabajo. Dejar para mañana lo que pueda hacer hoy es garantizarse tener siempre algo que hacer.

El acervo de las secretísimas anécdotas que conoce de los labios de Le Cuziat, sobre personajes históricos y coetáneos, será utilísimo en el futuro. Conocerá los intrínquilis de todo el mundo, y en cualquier conversación nada hay más sabroso que tales confidencias oscuras. Con Le Cuziat parece completarse su formación al respecto. Los días y las noches son una fiesta permanente en el Ballon d'Alsace. Con la vida que lleva y la ausencia de ingresos reales, vuelve a tener deudas de todo tipo y con todo tipo de gente, algunas muy peligrosas. La edición de arte es un mundo amable y relativamente tranquilo; el de la prostitución masculina, no. Amenazado y buscado por unos cuantos, mantiene varias direcciones: la eterna del Vouillemont, la nueva del hotel Nollet, el burdel de Le Cuziat, la galería de la rue Lisbonne, sede profesional en la que sus socios lo ven poco.

En estos momentos Maurice tiene un *flirt* con Alain Daniélou, un personaje singular que se convertiría en un importante musicólogo, renombrado fotógrafo y experto en hinduismo y textos védicos, una autoridad internacional en muy diversos temas. Daniélou, noble normando y hermano del cardenal del mismo apellido, se fue a vivir con él algunas semanas al hotel Nollet, estableciendo una relación entre ellos sin futuro, siendo como eran tan especiales uno y otro: Daniélou shivaísta, místico y espiritual, y tan carnal y epicúreo Maurice. De este Sachs jovencito Daniélou recordaría, años más tarde, que su amigo era el individuo más elegante y espléndido de París. Si bien ambos soñaron con viajar juntos a Oriente, su relación no prosperaría, pasando a ser sólo otro ínclito personaje en el currículum social de Maurice.

Promete operaciones que no cumple, miente tanto como habla. Libros que han de ir a una librería en específico, son vendidos para su solo beneficio. Otro tanto hace con dibujos, con manuscritos y cartas de autores, con lo que sea que le confíen para su venta, y de los que nada revierte a sus propietarios. Sus tratos son siempre rápidos y olvidadizos, confusos e informales. Una costumbre que adquiere es vender el producto a varios, y habiéndose provisto de los adelantos por la venta de una lámina,

un cuadro o un libro, desaparecer rápido para ser visto, al poco tiempo, en los mismos restaurantes y salas nocturnas en los que ha tramado sus negocios. En el medio en el que se mueve en estos tratos, los artísticos y de coleccionistas, no hay violencia física, porque hubiese sido fácil que le partieran la cara. Son muchos los engaños y robos manifiestos que realiza nuestro ilusionado editor en aquellos días: estafas a presuntos coleccionistas americanos, a ingenuos franceses obtusos con su verbo, a griegos, turcos o de donde vengan, y se tomen una copa con el joven experto marchante. La galería y Les Éditions no llevan buen camino, no será un buen negocio para nadie. El ilusionado Jacob espera el dinero por la venta de su obra, un dinero que nunca llegará.

En julio de 1928 aparece un libro que provoca un lógico escándalo y que se presenta sin autor, aunque todos reconocen la factura de Jean Cocteau. Es el *Livre Blanc*, una historia y dibujos provocadores, plenamente homosexuales, que su autor niega haber realizado. Es una edición clandestina de la que sólo se editan dos docenas de ejemplares, una edición que provocará una conmoción por distintas causas: el carácter de los dibujos, la presunción de su autoría, y la negación que de ella hace Cocteau. ¿Es el verdadero autor? ¿Ha permitido su publicación? ¿O es otra idea de Sachs? El asunto era escandaloso, por más que todo el mundo conociera las rutinas de Cocteau, que nunca se mordió la lengua, y al que nadie era capaz de censurar. Era un artista que hacía profesión expresa de su manera de pensar y de sentir, de su vida homosexual y de su adicción a los opiáceos.

Cocteau no autorizó la publicación del *Livre Blanc* que enfadó mucho a sus amigos los católicos Maritain, a los que en aquellos días acababa de dirigir una carta pública, *Lettre à Maritain*, en la que el poeta celebraba su abstinencia gracias a Dios. También había escrito otra carta en la prensa al líder de Action Française, *Visite a Barrés*, epístolas ambas de respeto y reconocimiento de su profesión cristiana, verdadera propaganda católica.

No hay que explicar las razones del enfado de Cocteau: si suya era la autoría del erótico libro, eran unos escritos y dibujos privados, y su publicación era un exceso del desvergonzado editor

Sachs. Efectivamente, el *Livre Blanc* de Cocteau es un libro casi pornográfico que hasta años más tarde su autor no quiso reconocer. Pero el libro estaba en la calle, mejor dicho, en los salones pertinentes y en boca de todos. Ante la sorpresa de quienes conocen el asunto, Maurice se hace el loco y dice no saber nada, el libro es anónimo, pero se ha encargado de que todo París hable de su publicación. Se vende carísimo. Apenas se han editado una treintena de ejemplares. ¿O tal vez más?

Y como siempre ocurre en el devenir de esta historia, en la que con frecuencia ocurre lo contrario de lo que se plantea, a pesar de este extraño asunto de la edición del libro del que Cocteau ha renegado, vuelve éste indulgentemente a tocar con su varita la cabecita loca de Maurice, avalándole ante su íntima Coco Chanel, la reina de la moda, que viene siendo protagonista de todo lo que ocurre en París.

La genial modista tiene una literaria necesidad, quiere hacerse con una biblioteca. Coco anhela una exquisita colección de libros, y necesita que un experto se ocupe de su adquisición y organización, en la casa que tiene pensada para su instalación. Cocteau, recién salido de una clínica en Saint-Cloud, donde ha escrito su libro *Opio, diario de una desintoxicación*, remite a Coco al experto bibliófilo, al que la dama ya ha conocido en el Boeuf y que puede ser el gestor idóneo para tal asunto.

Es el dandy charlatán que vivía en el hotel Vouillemont, el que lució sus sotanas en la Costa Azul, el nieto del joyero, educado con Bizet, que ahora es agente de Jacob, del que es muy amiga Coco. Cocteau compasivo, a pesar de la última barrabasada con el *Livre Blanc*, asegura que es un muchacho sobresaliente. La ambiciosa diseñadora confía en el Maurice *connaisseur*. Cocteau no advierte a su buena amiga de la prevención que hay que tener con el personaje, y Maurice, ante la empresaria, no manifiesta la menor duda de su capacidad para acometer este interesante encargo. Se considera la persona mejor preparada para organizar una buena biblioteca, la mejor de todas. Coco quiere instalarla en una *garçonnière* que dispondrá para encuentros íntimos,

de alguna manera interesada en seducir al escritor Reverdy, y la quiere acorde con su actual estatus de reina de la moda.

Con un salario fabuloso y un talón abierto para la compra de los mejores títulos, ediciones príncipe, libros raros —dedicados, manuscritos— Maurice dispondrá de un apartamento propio en el mismo faubourg Saint-Honoré, otro en la rue d'Eaux, y un tercero en la plaza Port-Royal, donde se instalará la colección. Coco quiere competir en algo tan exquisito como es la bibliofilia y las cartas de autores con Jacques Doucet, modisto como ella, quien sería el mayor coleccionista privado de escritos literarios de aquella época, además de ser el primer propietario de *Las señoritas de Avinyó* de Picasso. El modisto estaba a punto de morir.

En esta labor que va a emprender, Sachs se rodea de un mundo suntuoso y exclusivo, lo propio para un entomólogo de la literatura. Todo no ha podido ser más rápido. Desde que hiciera sus planes de editor y marchante en la cama del hospital en Landau, está alcanzando el máximo nivel en el negocio que adora, en la ciudad que lo vio nacer, en el medio que le era propio, el del lujo, el arte y la literatura. Tiene su galería ubicada en uno de los mejores lugares de París, tiene dos socios estupendos y una infinidad de amigos sobresalientes, y para rizar el rizo de la fortuna, la reina de la moda le confía la creación de su exclusiva biblioteca.

Organiza su vida de asesor de confianza. El asunto es extraordinario como lo son su sueldo y su disponibilidad. Contrata un chófer permanente, un secretario, un masajista, dos empleadas domésticas, y hace reservas permanentes en los mejores restaurantes y palcos privados de la ciudad, vaya o no a utilizarlos. Será el más elegante, pues trabaja para la reina de la moda. ¿Qué dirían sus compañeros del cuartel si lo vieran en la situación actual? ¿Qué diría Lisbeth? ¿El padre de los dells Donne? Es fascinante, tiene unos magníficos veintitrés años. Ahora es el experto bibliófilo elegido por la mujer más *chic*.

Y el *connaissanceur* se emplea a fondo. Compra por las mañanas, se divierte tardes y noches, enreda permanentemente, e intensifica su tren de vida y el volumen de sus gastos que, increíblemente, superan los fabulosos ingresos que obtiene por su supuesto trabajo.

Bebe todo el día y lo hace más por la noche. Visita a diario los salones de la más rancia aristocracia. Nació entre la élite socialista de los amigos de sus abuelos, y ahora se reúne con legitimistas que se acomodan socialmente en los nuevos círculos. La nómina aristocrática que rodea aquellos días a Sachs es fabulosa, e incluye a nobles damas dispuestas a encargarle otras bibliotecas: Wynna-retta Singer, princesa Polignac, la princesa Bassiano o la duquesa de Camastra serán sus futuras clientas. Por las tardes visita a los Rochefoucauld, a la princesa de Poix, al encantador duque Fulco di Verdura, elegante siciliano diseñador de joyas amigo de su protector Blum y de Coco Chanel, íntimo de Cole Porter, el gran genio norteamericano. Son estos aristócratas y este gran mundo con los que Maurice mejor se entretiene. Pero también hace vida entre la bohemia de Montparnasse, en cuyos cafés y clubs realiza negocios varios, y no deja de acudir a su burdel favorito, el Ballon d'Alsace, donde encuentra a los mejores chicos de la ciudad y a su clientela más distinguida.

Dicen que por el día se «presentaba como un mecenas florentino», y se nos ocurre que, por las noches, como un crápula veneciano. Compra libros carísimos y va consiguiendo los títulos y ediciones que quiere para su dueña y señora. En su trepidar social cotidiano, sigue con sus operaciones en la sociedad que tiene con Bonjean, negocios que provocan múltiples disgustos a su desilusionado compañero, desprestigiado ante sus adinerados amigos que confían en él y recelan de su socio Sachs. Le dejan en depósito obras que vende y no paga. Falsifica firmas y dedicatorias. Vende láminas falsas por verdaderas. Mientras siga disponiendo de los dineros de Mme. Chanel, la carrera puede proseguir. Según los momentos, según los convites, según la fiesta. Su trabajo como agente de Jacob es nulo.

En diciembre de 1928 escribe a Reverdy a su retiro gregoriano de Solesmes. Quiere que venga a conocer la biblioteca que ha provisto en el apartamento de la plaza de Port-Royal. Coco está orgullosa de la colección que va a poseer, convencida de convertirse en una bibliófila de prestigio, y homenajear de esta manera a este



querido místico que era Reverdy. El poeta ha sido su delicado amor secreto entre sus noviazgos con el ruso gran duque Dimitri, y el multimillonario inglés duque de Westminster.

Maurice, además de convocarle para esta visita a París, pide a Reverdy una selección de poesías, que editará en sus Éditions. Sería definitiva la presencia de Reverdy en su editorial, con el respeto literario que éste impone en dos generaciones. Reverdy es referencia en todo. En el mundo de la poesía en general, en el del Montmartre cubista y los pintores de vanguardia, y en el del tumultuoso Montparnasse. Un mundo parisino que el poeta ha rechazado para irse a rezar con los benedictinos, comulgar con los intelectuales católicos, y con las damas de la alta sociedad de las que tan amigo viene siendo. A Reverdy se le anuncia que pasarán a recogerle a Solesmes pasadas las navidades para llevarle a París y encontrarse con Coco e inaugurar la biblioteca de Port-Royal.

Reverdy, enamorado de la poesía y entregado a ella, había editado *Nord Sud* como expresión del vínculo entre poesía y pintura, una revista que promocionaba el Dada de Tzara y a los surrealistas de Breton, y siendo íntimo de Juan Gris, publicitaba a los cubistas. *Nord-Sud* era el nombre de la línea de metro que unía Montmartre y Montparnasse. Salió adelante con la suscripción de sus amigas, que lo adoraban por su carácter sencillo y triste. (La excepcional Misia Sert fue la primera suscriptora, como en tantos otros mecenazgos). Pierre Reverdy, hijo de vinatero, representaba la poesía pura, era *el poeta absoluto* y, a su manera, un líder en el tránsito de las bohemias. Un alma cándida que había seducido a la más audaz de las señoras de la época.

Y Maurice lo consigue como autor para su editorial. Reverdy le entrega unos poemas para su publicación: *Source du vent*, poemario que dedicaría a Coco Chanel. Se conocen desde 1919, los presentó su común amiga Misia y se frecuentaron en el Boeuf. En su día la personalidad del poeta fue un shock para la amante de los grandes aristócratas. Representaba al poeta esencial, muy lejos de la frivolidad de su íntimo Cocteau. A Reverdy no le interesaba la música, ni los bailarines, ni el mundo que rodeaba a Misia, a los Noailles y Bibesco, o al grupo de Cocteau, aunque lo financiaran.

Casado con una costurera, y con una conciencia contrita, vivió el mundo de Apollinaire, Suzanne Valadon y Utrillo, fue íntimo de Modigliani y de todos en el Montmartre de La Butte, el de los cubistas, el de su amigo Juan Gris. Pero fueron las mujeres las que lo auparon. Adrienne Monnier, la librera, disponía sus escaparates para la presentación de los libros que escribía e imprimía, y que su mujer cosía; Misia Sert animó a la suscripción de la revista, Coco Chanel lo mantuvo y promocionó, pasando de mecenas a musa en el tálamo. Reverdy, que despreciaba el dinero, encandilaba con su lírico cirio a las luminosas señoras de la alta sociedad, y en los brazos de la más insigne cayó el resignado adúltero. Amores con Coco que fueron intermitentes y atormentados, pues Reverdy también amaba a su primera mujer, quien le había acompañado en los momentos difíciles, y no había podido competir con las reinas que sedujeron a su esposo. La desesperada intención literaria de Pierre, la inspiración mística, y su contradicción privada, le llevaron a tratar de aislarse y vivir en una pequeña casa junto a la abadía de Solesmes.

Coco, Maurice y Pierre se encuentran en el apartamento de Port-Royal. Son las diez de la mañana. Descorchan una botella de champaña y brindan. Es un lugar precioso, han preparado una muy coqueta capilla literaria. Maurice y Coco conversan sobre un canapé de cuero negro, que ella había echo traer de la Casa Jansen, para que el poeta lo estrenase y tuviera el máximo confort los días que pasase en el exquisito rincón de lectura. Reverdy inspecciona distintos libros de los anaqueles. Las *Máximas* de Chamfort, las de La Rochefoucauld, los *Caracteres* de La Bruyère, precisamente aquellos que había recomendado a su amiga para que leyera, pues la empresaria tenía intención de escribir sus propios pensamientos, y ninguna lectura era mejor que la de estos clásicos moralistas. *El guante de crin*, una selección de reflexiones de Reverdy era el libro favorito de la diseñadora. Coco Chanel quería que el gran poeta fuese su corrector literario.

Minutos después del encuentro, apenas mediada la copa del brindis, Reverdy muestra su confusión, arruga el entrecejo y comienza a tener tics nerviosos. Hay sudor en la frente del poeta,

palpitaciones en su corazón de asceta. Maurice sigue cotilleando con Coco poniéndole al día de lo que ocurrió en la noche parisina. Pierre se pone muy serio, se dirige a ambos y les dice que algunas ediciones no son verdaderas, son copias, burdas copias, los manuscritos no son originales, las dedicatorias que observa son igualmente fraudulentas. Hasta ahora, los libros que ha tenido en sus manos son falsos todos: «Maurice... ¿Qué has hecho?». Reverdy mira a Coco: «Querida te han engañado». Maurice no sabe dónde meterse y decide marcharse alegando una urgencia ineludible. Es una gran estafa y una vergüenza enorme.

Coco vería que hacía, si callarlo y matarle, o si advertir a todo París del osado timador, a pesar del ridículo al que se expondría como víctima de tamaña estafa. Podía clavarle todas las agujas que tenía en sus talleres. Su enfado era mayúsculo. Reverdy, de momento, retiraba los derechos de venta de sus poemas al estafador Maurice Sachs y desaparecía de escena una vez más.

Lo tenía todo y hubiera tenido más. Perdió piso y biblioteca, trabajo y dinero. Se arrojaba al vacío desde la cúspide, era un suicidio social. Su proyecto editorial se iba al traste y ni pensar en nuevas bibliotecas como tenía prometido. Se había convertido en un miserable estafador. Su escasa reputación quedaba por los suelos, sus tarjetas de presentación pisoteadas, su imagen en las alcantarillas. Por poco, no acaba su foto en las comisarías. Pero Coco Chanel se resigna a no hacer publicidad del fraude, no se puede dar noticia de este engaño que ha sufrido la mujer más lista de París.

Los ejemplares del poemario *Source du vent* habían salido de imprenta pero se interrumpe su comercialización. Bonjean y Colle se despiden de Maurice, no soportan más a su socio. Se ve expulsado de los salones; tiene el odio de Chanel y de sus amigos. Cocteau se enerva cuando sabe lo que su pupilo le ha hecho a su ave más poderosa del momento, la que volaba más alto, su amiga y mecenas, que vivía con ella y de ella, y que tenía un poder ilimitado. «Maurice... ¿a quién se lo has hecho?», le recrimina.

Por cierto y además: el sofá que estrenaban para Reverdy en el apartamento de Port-Royal, el precioso canapé de cuero negro,

Maurice lo había vendido tres veces a distintos clientes, fascinados por tener el asiento que Chanel iba a regalar a Reverdy. Eran cosas que se veía obligado a hacer en su trepidante discurrir.

Es una situación dramática. Qué vertiginoso es todo para el joven dandy. La conclusión es que sólo tiene más y más cuentas pendientes con unos, con otros, y esta inmensa que contrae con la señora Chanel y con Cocteau otra vez. Tras estos últimos sucesos debe volver a tomar medidas serias consigo mismo. La sociedad editora con sus amigos Bonjean y Colle durará hasta 1931, cuando ambos desesperen de los desmanes y fantasías de su socio promotor, y de esperar a que dé la cara. Colle, tras contactar con Jacques Doucet, (el modisto de Sarah Bernhardt y la Bella Otero, coleccionista de cuadros modernos y palacios antiguos), emprenderá su carrera en solitario, convirtiéndose en un importante galerista de pintores surrealistas y, especialmente, de Salvador Dalí, quien empezaba a despuntar en los salones parisinos. Dalí, llegado a París en 1926, se ha hecho un nombre entre damas, dadás y vanguardistas. Jacques Bonjean, por su parte, olvidando su experiencia con Sachs, se especializaría posteriormente en antigüedades de Alta Época, y acabaría sus días como socio de Cristian Dior, amigo de la época, también del círculo de Cocteau.